

LO QUE ESTÁ EN JUEGO
ES EL FUTURO.

EN LA BUENA
DIRECCIÓN 

Intervención de Miguel Arias Cañete

Barcelona Tribuna

Barcelona, 23 de mayo de 2014

LO QUE ESTÁ EN JUEGO ES EL FUTURO.



En esta campaña electoral, soy el primero en haber echado de menos más debate europeo. Y lo cierto es que lo fundamental es hablar de Europa y del futuro de Europa. Y hacerlo hoy, aquí, en Barcelona y ante esta audiencia privilegiada, tras la presentación de Miquel Roca, es para mí un verdadero honor y un placer.

Los ciudadanos europeos han atravesado, probablemente, la peor crisis de la que ha sido testigo la Unión en su historia. El proceso de construcción europea se ha ralentizado; y Bruselas ha proyectado una visión de cierta impotencia.

La Unión Europea debe abordar los problemas del día a día. Y adoptar una estrategia clara, basada, desde luego, en las instituciones y en la reforma de los tratados; pero no limitada a este aspecto.

Porque superar este trance exige trabajar sobre afectos y efectos. Necesitamos recuperar la confianza de los ciudadanos con políticas eficaces, que lleguen, que aporten soluciones, que se expliquen. Pero la efectividad ya no es suficiente. Es necesario un esfuerzo conjunto de imaginación y confianza.

Necesitamos recobrar la ilusión por Europa. Necesitamos darnos una visión de Europa en el mundo; y creer en ella.

Comienzo con algunos datos que ilustran la situación. El 83% de los ciudadanos españoles afirma desconocer que las elecciones europeas tendrán lugar el próximo 25 de mayo. Y mientras España destaca por haber sido uno de los pocos Estados miembros cuya incorporación a Europa fue votada por todo el arco parlamentario, el 16% de los españoles dice hoy que votaría a un partido que propusiera la salida de nuestro país de la Unión Europea.

La Unión nació para superar enfrentamientos propios de un sistema de Estados-nación, que periódicamente desangraba las tierras europeas. Este proyecto innovador, es, sin duda, el más importante que la humanidad ha emprendido en la segunda mitad del siglo XX.

La Unión ha traído paz y prosperidad. Hasta el punto de que nos hemos acostumbrado; y casi lo hemos olvidado.

Y los ciudadanos, habituados a vivir en un continente en el que consideraban que la seguridad estaba garantizada, han despertado a una realidad de graves dificultades económicas, abrumados por primera vez. Hasta el punto de que se revuelven contra el propio proceso de construcción europea y contra el entorno político general.

No podemos minusvalorar lo que esto significa. La Unión se enfrenta a un *impasse*, que se refleja en un aumento espectacular del euroescepticismo. Y en una monumental desafección hacia la política tradicional.

Europa sufre de un déficit de confianza. El porcentaje de europeos que afirma tender a no confiar en la Unión Europea aumentó, sólo en el año pasado, de un 36% a un 57%. Algo que apunta a lo que podríamos llamar “fin del consenso permisivo”: los europeos han dejado de ser una mayoría silenciosa complaciente y complacida con los meros beneficios del mercado interior y la libertad de circulación.

Además, esta desafección no se refiere sólo a Europa, sino también a la política nacional. Por eso tenemos la responsabilidad de recuperar el arte de la política: la Política con mayúscula. La que se centra en servir a los ciudadanos, atender sus demandas y rendirles cuentas.

Y si el principal modo de rendir cuentas son, precisamente, las elecciones en general, esta convocatoria al Parlamento Europeo tiene un valor añadido

LO QUE ESTÁ EN JUEGO ES EL FUTURO.



fundamental. Porque de sus resultados dependerá la Presidencia de la Comisión Europea.

La importancia de una auténtica estrategia, capaz de responder a las preguntas fundamentales -“¿qué Europa?” y “¿para qué Europa?”-, se ha visto diluida en el llamado "déficit democrático". Un concepto derivado, a su vez, de ese "imperativo tecnocrático" al que habitualmente se alude como chivo expiatorio en la actual crisis europea. Cada vez que una cumbre de la Unión fracasa o no satisface las expectativas y las instituciones no ejercen un liderazgo suficiente, la tendencia es culpar a esta no-representación. Pero mientras duró la prosperidad, prácticamente nadie manifestó preocupación alguna.

Es decir, la prosperidad se ha ido erigiendo en el principal hilo conductor del proceso de construcción europea. Pero una legitimidad limitada, únicamente, a este ámbito no puede garantizar la cohesión entre los ciudadanos de la Unión a largo plazo. Tenemos que avanzar, al mismo tiempo, en dos planos: atender las preocupaciones del presente inmediato en todos los ámbitos, mientras construimos y afianzamos la razón de ser de Europa en este nuevo mundo.

Para ello, necesitamos políticas concretas que lleguen a los ciudadanos. Sigue vigente el lema pronunciado hace 60 años por Robert Schuman: “Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho”.

Y ese programa europeo debe completarse desde los Estados miembros. Los deberes tenemos que hacerlos, primero, en casa. España tiene que rematar las reformas estructurales emprendidas por este Gobierno para garantizar nuestra competitividad y que nos están ayudando a salir de la crisis. Queremos una Europa solidaria y flexible cuando sea necesario; pero para eso, necesitamos también, una Europa responsable.

LO QUE ESTÁ EN JUEGO ES EL FUTURO.



Tenemos que atrevernos a mirar más allá de cómodas justificaciones y descargos; y encarar la realidad con valentía.

Por encima de todo, tenemos que redescubrir el poder de un futuro imaginado; de tener un objetivo, confiar en él y perseguirlo. Y para ello, hay que repensar Europa.

Los españoles que hemos crecido con la idea de Ortega de que "España es el problema, Europa la solución", nos enfrentamos ahora a la paradoja de que Europa parece hoy parte del problema, y no de la solución. Algo que no hace sino agriar los debates nacionales y alejar de la Unión a las generaciones más jóvenes.

El Presidente Barroso admitía hace pocas semanas que "no se ha tenido en cuenta al ciudadano en el proceso de toma de decisiones".

Desde luego, es cuanto menos alarmante que un 81% de italianos y un 80% de griegos sientan que no se escucha su voz en Europa. Para superar esta crisis de legitimidad, es necesario explicar que cada fase del proceso de construcción ha exigido un equilibrio institucional particular. Y que en la actualidad hay que profundizar en ese proceso de construcción. Definirlo y determinarlo.

Los Estados miembros deben reforzar su papel de intermediación entre las instituciones y los ciudadanos, ante la necesidad de transmitir al ciudadano lo que la Unión Europea representa y hace. Debemos ganar en transparencia, pero este cambio de actitud necesita tiempo. Tiempo para asimilar que las características específicas del proceso de integración hacen de la Unión un invento único, sencillo y complejo al mismo tiempo, del que no podemos prescindir.

LO QUE ESTÁ EN JUEGO ES EL FUTURO.



El hecho de que Europa siga siendo atractiva más allá de nuestras fronteras debería hacernos reflexionar. Lo dejaron bien claro los jóvenes ucranianos que arriesgaban su vida mientras enarbolaban la bandera azul de las doce estrellas en la Plaza Maidan; o los dos de cada tres rusos que se declaran admiradores de la Unión Europea. Para ellos, Europa es desarrollo, calidad de vida, protección de los derechos humanos, seguridad, gobernanza y garantías institucionales. Los europeos no podemos dejar atrás el sueño que han hecho realidad varias generaciones.

Las divisiones entre los Estados miembros han aumentado. Han resurgido estereotipos nacionales, nacionalismos exacerbados y resentimientos históricos. Y se produce una especie de “juego de la culpa” entre Estados.

La Unión nunca ha tenido un diseño acabado, pero en eso radica, precisamente, su originalidad. ¿Qué ha sido del “*ever-closer union*” que cita el Preámbulo del Tratado de Roma, según el cual los Estados miembros se declaran “resueltos a sentar las bases de una unión cada vez más estrecha entre los pueblos europeos”?

Para que esa unión sea realmente cada vez más estrecha, estamos en la obligación de superar los nacionalismos, luchar contra la fragmentación interna de los Estados miembros y evitar la desconfianza entre gobiernos. En definitiva, no nos podemos permitirnos una Europa unida en la diversidad, pero desunida en la adversidad.

En la Europa de hoy, asistimos a un retraimiento general frente a los nuevos y antiguos retos sociales y financieros, tanto internos como externos. En lugar de encontrar soluciones en las propias instituciones europeas, abunda la demagogia de culpar a Europa y su funcionamiento. Y de utilizarla como cortina de humo. Algo así como un “falso nacionalismo”. En Alemania, Habermas lo ha llamado “nuevo patriotismo directamente salido de tiendas de ‘bienestar’”.

LO QUE ESTÁ EN JUEGO ES EL FUTURO.



Es el mismo caso de los euroescépticos.

Estas posturas niegan la posibilidad de que exista una Europa de pequeños pasos. Que busque la integración necesaria para lograr objetivos comunes como el mercado interior, las ampliaciones o una voz en el mundo.

Pretenden hacer creer al ciudadano que se puede volver al mundo de ayer, y ahuyentar de nuestra realidad los aspectos inquietantes de la globalización.

El euroescepticismo se funde hoy con populismos y extremismos. Ha llevado a la creación de partidos anti-europeos que quieren hacer explotar la eurozona, ver a su país salir de la Unión y reintroducir aranceles y políticas proteccionistas. Mientras, suenan de fondo discursos de rectitud moral, reproches y estereotipos, desde la germanofobia hasta el supuesto ninguneo del Sur.

Pero todo ello es una visión simplista de la soberanía en un mundo globalizado. Y conlleva una escalada de acusaciones mutuas, de exclusiones e introversiones nacionales.

La Unión Europea, en su construcción y misión, fue diseñada para manejar tensiones sociales, culturales y políticas tradicionales dentro de unas fronteras en expansión.

Hoy se enfrenta a retos que sus creadores nunca imaginaron. Pero que pueden y deben resolverse. Y para ello, necesitamos una Europa unida, no fragmentada.

Tenemos pues ante nosotros la difícil tarea de combinar el día a día práctico de las políticas que importan a los ciudadanos con la introducción de una nueva narrativa. De un concepto renovado de Europa.

LO QUE ESTÁ EN JUEGO ES EL FUTURO.



Precisamos un proyecto común que seduzca de nuevo a los europeos y que les ofrezca soluciones concretas a problemas bien definidos. La Unión Europea es un legado del que podemos estar orgullosos. En un contexto de grandes transformaciones geopolíticas y geoeconómicas, tecnológicas y sociales, esta obra de paz y prosperidad que tanto ha beneficiado a los europeos debe ser reconsiderada.

La crisis financiera ha afectado a un buen número de instituciones y ha llevado a Estados a la bancarrota. Ha erosionado el viejo sueño. Europa se siente más como una carga, que como un escudo y un impulso. Las divisiones internas se han acentuado.

Son síntomas de la amenaza que supone la ausencia de una narrativa europea coherente. Europa necesita un objetivo común, un sentimiento de “fin compartido”. Si antes se anhelaba un futuro mejor, hoy no podemos conformarnos con echar la vista atrás.

Europa se ve, por tanto, en la necesidad de contar con un nuevo centro de gravedad, que vaya más allá de la prosperidad inmediata, si queremos lograr estabilidad a largo plazo y reforzar nuestra posición en el mundo del siglo XXI.

Los ciudadanos deben conocer lo que representa el valor añadido de la Unión y qué coste tiene la no-Europa. Porque la Unión Europea es un formidable multiplicador de la potencia de cada Estado miembro. Son muchos los ámbitos –el mercado único, la defensa, el comercio internacional, la energía– en los que la soberanía de cada Estado no puede ser plenamente realizada sin compartirla.

Esto es una realidad que deberíamos resaltar antes quienes desconocen o denigran los beneficios que la Unión reporta a su país. Los últimos estudios del Parlamento Europeo cifran, de forma conservadora, el beneficio de completar las políticas comunes. Y valoran el potencial beneficio de

completar el mercado interior de consumidores en 235.000 millones de euros o el mercado único digital en 260.000 millones de euros, por citar sólo dos ejemplos.

No podemos olvidar la importancia para España del resultado de las negociaciones del Gobierno en el Marco Financiero Plurianual. En 2013, se consiguió que nuestro país se mantuviera como receptor neta de fondos hasta 2020. Esto, combinado con la flexibilización del cumplimiento del déficit, ha permitido que España tome aire y pueda cumplir con los compromisos adquiridos.

Pero, hoy, la prioridad de nuestros ciudadanos es hoy sin duda la política social, y en particular las medidas de lucha contra el desempleo. Hay que destacar que la mejor política social es aquella que se basa en una política económica orientada al crecimiento. Las dos grandes líneas rojas de nuestro Gobierno han sido y serán los pensionistas y los desempleados. Y nos preocupa extraordinariamente el desempleo juvenil. No podemos permitir que exista en España una “generación perdida”, y es importante que se implementen cuanto antes instrumentos comunitarios como la garantía juvenil de empleo.

Otro ámbito fundamental son las políticas de cohesión. Uno de los objetivos por los que se creó la Unión, y que sigue vigente, es reducir la desigualdad entre países y regiones. No voy a extenderme hoy sobre la Política Agrícola Común y la Política Pesquera; ya saben que mi corazón está con los agricultores, ganaderos y pescadores españoles. Tan sólo insistiré en que, en España, la política agrícola no sólo afecta a las producciones, sino que es, además, una política de cohesión territorial, de protección medioambiental, de mantenimiento de nuestro territorio.

En otro orden de cosas, no podemos permitir que los populistas tengan chivos expiatorios a los que recurrir. Y de ello es buen ejemplo la inmigración.

Se hace hoy más necesario que nunca dar forma a una política de inmigración regular y ordenada. Como dice Miquel Roca en su artículo “Suiza como aviso”, “Europa se escandaliza del drama de las pateras y de los muertos en las fronteras de Ceuta y Melilla, se indigna mirando a Lampedusa, pero no hace nada que pueda ser útil para controlar, reducir y regular un flujo de inmigrantes insostenible”.

Y por último, no hay que olvidar otros campos imprescindibles para la consecución de la Estrategia Europa 2020: la investigación y el desarrollo, el medio ambiente, la creación de un mercado único de la energía o el desarrollo de los corredores mediterráneo y atlántico, entre otros.

Como ya he mencionado, repensar Europa no puede limitarse a un debate de instituciones. Pero las instituciones son fundamentales, qué duda cabe. Y en esta víspera electoral, destaca el papel clave del Parlamento Europeo. Y choca que sólo un 32% de españoles tiene una visión favorable de esta institución.

Como ha dicho el Presidente Rajoy, no debemos malgastar votos en opciones irrelevantes. El Partido Popular Europeo, en el que se integra el PP, representa la mejor elección de garantía de un funcionamiento equilibrado del conjunto de la UE. Un mejor funcionamiento que pasa por una toma de decisiones más ágil. Y que a su vez facilite una participación más efectiva de los ciudadanos y de sus representantes. Porque los europeos piensan que la UE no escucha, que ha perdido el contacto con la realidad, que es intrusiva e ineficiente.

Y un funcionamiento más eficaz requiere también evitar -o al menos reducir progresivamente- el “fárrago legislativo”, la cantidad de Directivas y Reglamentos inútiles, que no hacen sino absorber valiosos recursos y tiempo en el seno de nuestras instituciones.

Tal y como prevé el Tratado de Lisboa, los Parlamentos nacionales, y en particular nuestras Cortes, deben tener un mayor protagonismo para combatir el denominado “déficit de eficiencia”, según el cual nunca se hace lo suficiente y si se hace, se hace tarde.

La Unión Europea es una estructura en Derecho y de Derecho, lo que no está reñido con la mejora y modernización de los procedimientos de toma de decisiones. Y hay que evitar los excesos de políticas decididas sin el suficiente contraste; sin tener en cuenta la diversidad de situaciones en la Unión o el impacto sobre sectores más débiles de la ciudadanía, e incluso sobre Estados miembros. La responsabilidad también recae sobre las instituciones, que deben dejar de privilegiar la mera regulación administrativa; y volver a conectar con los ciudadanos mediante un diálogo directo social, económico y cívico.

Estamos también en la obligación de dar forma a una verdadera Unión Económica, Monetaria y Fiscal, sin ceder a pulsiones soberanistas que erosionan, poco a poco, la solidaridad entre ciudadanos y Estados miembros. Solidaridad sobre la que se ha construido la UE. Para ello, necesitamos instituciones sólidas de decisión, control y vigilancia. Ello implicará unión política, es decir, cesión de soberanía. Pero ¿qué otro paso adelante clave de la Unión no lo ha requerido?

Y por último, debemos seguir construyendo una Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) coherente. Que permita que la UE se convierta en un actor global e influyente en el mundo global. Y no caiga presa de la amenaza de irrelevancia.

Tampoco los europeos podemos permitirnos ignorar las convulsiones que afectan al mundo más allá de nuestras fronteras. Debemos centrarnos en nuestras capacidades y posibilidades, que son muchas y significativas. Europa ha conseguido mantenerse como una “isla de paz”, y crisis como las

LO QUE ESTÁ EN JUEGO ES EL FUTURO.



de Ucrania nos hacen darnos cuenta de lo que tenemos. Pero también de los que podríamos perder si dejamos languidecer la idea de Europa.

Para los españoles, el proyecto europeo ha sido un éxito desde todos los puntos de vista: nos ha traído seguridad, prosperidad, y un sentimiento de confianza y pertenencia que antes no compartíamos. Y esto es algo no sólo vemos nosotros, sino que ha sido alabado durante años por el resto del mundo.

La crisis nos ha llevado a un punto de inflexión y ha incrementado la desafección hacia Europa. No es sino resultado del miedo y la desconfianza que hoy en día avivan algunos partidos.

Necesitamos, sin embargo, creer en la Unión y trabajar para que siga siendo un éxito. Debemos tener el valor de defender nuestras ideas, de recuperar la ilusión. Y demostrar al resto del mundo de lo que somos capaces. Pero para ello, también nos corresponde hacer esfuerzos, siendo conscientes de lo que la Unión ha hecho por nosotros, pero también de lo que nosotros podemos y debemos hacer por ella.

Muchas gracias.